

hechos en Atenas, que delatan la historia de su forma por las figuras de negros pintadas en ellos (fig. 50c).

Las otras escenas copiadas que hemos mencionado deben también haber sido inspiradas por artistas que habían visitado Egipto, pues no podían transmitirse fácilmente en ningún objeto egipcio transportable. Los griegos, y los artistas, son viajeros inveterados. Tanto más lo serían, pues, los artistas griegos; y en la antigüedad no menos que actualmente.

### Los griegos en Libia y Cirenaica

Los griegos se asentaron en Cirenaica al mismo tiempo que en Egipto; pero, si bien los de Naucratis eran mercaderes, los de Cirene eran agricultores. Una severa sequía en la patria les había llevado a buscar nuevos hogares en ultramar. El camino les fue facilitado por mercaderes que habían visitado ya antes el norte de África, y el establecimiento de colonias allí tenía un considerable valor comercial. Pero la atracción básica era la tierra fértil de la meseta y la costa cirenaica, área cuyo clima y posición geográfica la constituían en una prolongación lógica de cualquier civilización egea. Creta no está más lejos de Cirene que de Atenas.

El relato de Heródoto sobre la colonización de Cirene presenta datos interesantes sobre el modo en que se formaban esas comunidades, con arreglo a un proceso no siempre voluntario (un varón adulto por familia escogido por sorteo, en este caso), pero el marco constitucional para el envío de colonos nos interesa menos que sus razones materiales y sus resultados.

Los colonizadores venían de Tera, una pequeña isla relativamente estéril formada por el labio del cráter de un gran volcán. Fue ocupada por los griegos dóricos, y yace al sur del grupo principal de las Cícladas, en dirección a Creta. La isla había gozado de cierta prosperidad a finales del siglo VIII y en el siglo VII, cosa demostrada por las excavaciones hechas en ella, pero nunca pudo mantener una gran población. Poco después de mediado el siglo VII, la expedición de los teranos navegó hacia el norte de África guiada por un cretense hasta la isla de Platea —que quizá había servido ya durante cierto tiempo como punto comercial de contacto con las tribus de tierra adentro, y que sigue siendo un lugar favorito de los pescadores griegos de esponjas—. Allí los teranos establecieron una residencia temporal, pues se nos dice que el capitán samio Kolaïos lo incluyó en su famoso viaje. Heródoto dice que dos años después los teranos se desplazaron a Aziris, un punto situado sobre

tierra firme frente a Platea, «lugar encantador con el río a un lado y rodeado de hermosos valles». El lugar, actualmente desolado y batido por el viento, ha podido ser localizado, y ha dado cerámica de su breve período de ocupación. Seis años más tarde, esto es, aproximadamente en el 630 a.C., los libios indígenas persuadieron a los griegos de que se desplazasen hacia un lugar mejor del interior, y les mostraron Cirene, una colina bien provista de agua y fácil de defender, con buenos terrenos de cultivo sobre la elevada meseta. Los hombres tomaron mujeres indígenas como esposas, y en tiempos de Heródoto las mujeres del lugar continuaban observando restricciones indígenas en relación con la ingestión de ciertas carnes.

La ciudad prosperó, y en el siglo VI invitó a nuevos colonos del Peloponeso y de las islas dóricas. En los años anteriores a la mitad del siglo, algunos disidentes fundaron Barce, al oeste de la meseta. Para las fechas de fundación de las colonias de la costa, desde Apolonia, el puerto de Cirene, a Euespérides (Benghazi) en el Oeste, hemos de recurrir a datos arqueológicos (véase más adelante). La prosperidad de los recién llegados alarmó a los libios indígenas, que invitaron a los egipcios a ayudarles a luchar contra los griegos. Apries mandó un ejército en el 570, pero fue duramente derrotado. Su sucesor Amasis fue más diplomático: se casó con una princesa cirenaica y envió ofrendas a la ciudad. Posteriores problemas dinásticos en la familia real de Cirene provocaron otras nupcias con los libios, en las que los griegos ya no salieron tan bien parados. Cuando los persas tomaron Egipto en el 525, las poblaciones de Cirene y Barce se sometieron y enviaron presentes. Disidencias ulteriores llevaron a la intervención del gobernador persa en Egipto, que tomó Barce y penetró hasta Euespérides antes de retirarse, acosado por los libios. Los hombres de Barce fueron llevados como esclavos a la Bactriana (la actual frontera entre Afganistán y Rusia) y se establecieron en una ciudad que recibió el nombre de su antigua patria, donde aún vivían en los tiempos de Heródoto. Desde el 515, aproximadamente, Cirene formó parte del imperio persa; pero los datos arqueológicos muestran que disfrutó de prosperidad aún mayor, porque a esos años pueden atribuirse las mejores esculturas y tumbas, los templos más gigantescos y, probablemente, sus primeras monedas.

Los datos materiales sobre las primeras ciudades griegas de Cirenaica son más bien fragmentarios, pero las excavaciones italianas en Cirene y las británicas recientes en Euespérides y Taucheira pueden decirnos algo.

La ciudad antigua de Cirene estaba en las alturas que dominan el manantial sagrado llamado por los griegos Fuente de Apolo.

Frente a ella, y, por lo mismo, fuera de cualquier circuito amurallado, se delimitó una zona de santuario. El edificio más antiguo que podemos reconocer, quizá de comienzos del siglo VI, es un templo muy sencillo de planta cuadrada, de unos 8,5 metros de lado, con dos columnas interiores. Las ofrendas del siglo VI encontradas en él incluyen algunas joyas y bronceos finos, así como cerámica decorada. Junto a él, más cerca de la fuente, se alzaba el templo de Apolo. En su forma más antigua, era un bello edificio dórico de mediados del siglo VI o anterior, que medía aproximadamente 16 por 30 metros. Fue reconstruido sobre los mismos cimientos en el siglo IV. El primer templo situado sobre las alturas, aunque fuera de la ciudad antigua todavía, es el de Zeus: Zeus Amón, como un cumplido al respetado oráculo del desierto libio, que los griegos parecen haber casi adoptado. Era un inmenso edificio dórico, de unos 69 por 30 metros, construido antes de terminar el siglo VI. En tiempos posteriores contenía una copia en mármol del famoso Zeus de Fidias en Olimpia. En realidad, hacia el 500 a.C. Cirene estaba tan bien dotada de grandes templos como cualquiera de las ciudades griegas más importantes, y podía claramente competir con ellas en opulencia.

Entre las tumbas antiguas, las más importantes —prescindiendo de la probable tumba del fundador, que se convirtió en lugar de culto— están talladas en la roca, con fachadas arquitectónicas de dos o más columnas. Las más antiguas pueden datar del último cuarto del siglo VI. El tipo no es griego, pero esas fachadas de tumbas son frecuentes en Oriente, y es posible que su uso se introdujera entre los griegos de Cirene tras su sumisión a los persas, aunque parece que los gobernadores persas de Egipto se tomaron poco interés directo por los asuntos de la ciudad.

Las esculturas de los santuarios y de la ciudad están al mismo nivel de calidad de la arquitectura. Hay varias figuras de mediados del siglo VI o inmediatamente anteriores que delatan un fuerte estilo griego insular, en algunas claramente samio: una bella esfinge como ofrenda en una columna, y otras figuras, *kouroi* y *korai* de finales del siglo VI y comienzos del V, más próximas por su estilo al arte del Peloponeso dórico.

La escasa cerámica de Cirene refleja la historia de la ciudad y sus relaciones ultramarinas. La pieza más antigua que se supone procedente de Cirene es una copa del siglo VIII que se conserva en Berlín, hecha en Atenas o quizá en Esparta; pero es difícil creer en esa procedencia, y no ha podido hallarse ningún otro objeto tan antiguo en excavaciones controladas. Otros hallazgos mejor verificados muestran que el Peloponeso está bien representado, y que

Grecia oriental lo está algo menos. Las piezas más antiguas, correspondientes a finales del siglo VII, proceden de Corinto y Rodas, y en el siglo VI hay cerámica de Atenas, de Esparta —que parece haberse interesado mucho por Cirenaica— y varios fragmentos quieneses, uno de ellos del tipo fino que sospechamos se hacía en Naukratis. Un fragmento de concha de *tridacna incisa* puede haber llegado del Este hacia el 600.

Cirene comenzó a acuñar su propia moneda en el último cuarto del siglo VI, según el patrón utilizado por Atenas, Corinto y Samos. Una de sus divisas era la planta de silfion (lámina 12b). Se trata de una especie vegetal salvaje que resistió todos los intentos de trasplante y sólo florecía en Cirenaica. Desapareció completamente, quizá por mal cultivo, al comienzo del período romano. Su hoja podía comerse como repollo y su raíz ponerse en vinagreta, pero un mayor valor residía en la savia, apreciada como medicina o como sazonador. Debe haber constituido una exportación importante, y contribuido en bastante medida a la prosperidad de los



Fig. 51. De un vaso ático de figuras rojas, obra de Eufronio.

griegos de Cirenaica; pero no se trataba ciertamente de la única exportación de una tierra rica en trigo, frutales y caballos.

Trabajos recientes nos han enseñado mucho más sobre las otras ciudades griegas de Cirenaica. Además de Barce, cuyas circunstancias fundacionales en el siglo VI son atestiguadas por Heródoto y donde no se ha encontrado nada anterior a mediados del siglo V, sabemos hoy con certeza que las ciudades costeras fueron ocupadas muy poco después de la propia Cirene, bastante antes del 600 desde luego, con la posible excepción de Euespérides, donde

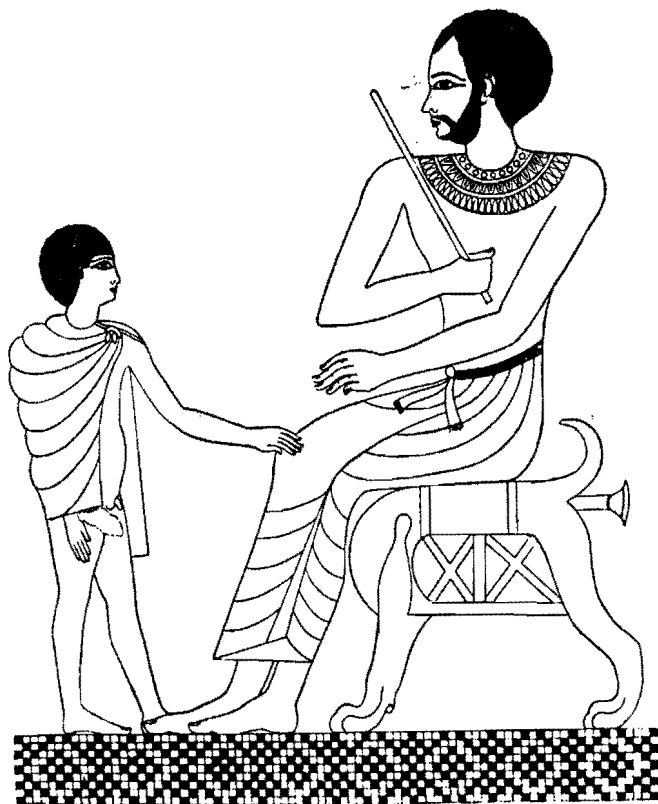


Fig. 52. Pintura de una tumba de Siwa.

la cerámica más antigua data de comienzos del siglo VI. En Apolonia, y en la ciudad rebautizada más tarde con el nombre de Ptolemais, hay fragmentos de cerámica. En Tucheira, actualmente Tocra, las excavaciones inglesas recientes han explorado el rico depósito votivo de un santuario de Deméter y Coré que debe remontarse a la fundación de la ciudad durante la década del 620. Los tipos de cerámica allí encontrados son instructivos. Desde los primeros tiempos dominan los rodios y corintios. En el siglo VI, las fuentes reflejan especiales intereses dóricos en la ciudad —Corinto, Esparta, Creta y Melos—, o bien la popularidad de tipos «internacionales» como los áticos y quienses. La única pieza de joyería encontrada tiene una única contrapartida en Tera, de donde habían partido los coloniza-

dores de Cirene, pero existe también una pieza de arnés europeo. La producción local se limitaba a terracotas y exvotos lisos. El número de vasos sencillos importados, de unas pocas formas concretas, y la falta de otras formas esperadas quizá reflejan la conducta del comercio de cerámica al por mayor y su efecto sobre un mercado que tendía a ser el último punto de una singladura comercial.

Los indígenas libios, tribus nómadas, son arqueológicamente desconocidos, o por lo menos inaccesibles, y su cultura —pintada con colores tan vivos por Heródoto— no tuvo influencia material sobre los griegos que se habían establecido junto a ellos. El héroe griego Heracles encontró, según la leyenda, a un gigante libio, Anteo, y luchó con él. Una bella pintura de un vaso ático poco anterior al 500 (fig. 51) representa a Anteo de la manera en que suelen aparecer los libios en el arte egipcio; forma un vivo contraste con el civilizado y pulido Heracles.

Puede detectarse cierto grado de influencia «indígena» en la adoración a Zeus Amón en Cirene. El culto se derivaba del famoso santuario de Amón en el oasis de Siwa, cuyo oráculo llegó a compartir la reputación de que gozaban los de Dodona y Delfos en Grecia. La cabeza de Zeus, con los cuernos de carnero de Amón, aparece en monedas de Cirene (lámina 12d). El santuario se encontraba en Siwa, en el desierto libio. Una de las mejores tumbas de allí corresponde probablemente al siglo V y puede ser la tumba de un griego que adoptó el nombre de Si-Amun, «hombre de Amón», puesto que aparece con su hijo en las pinturas de la tumba con una postura egipcia pero con barba y estando la túnica del hijo representada según el modo griego (fig. 52). Algunos otros rasgos decorativos de la tumba parecen también inspirados por el espíritu griego. Hay una breve mención de Heródoto a otro oasis donde vivían algunos samios en el 525; probablemente se trata del oasis de Jarya. Lo habían llamado la Isla de los Bienaventurados, y probablemente eran mercenarios veteranos que se habían dedicado a una vida tranquila: constituye sin duda una de las remotas comunidades griegas más infrecuentes y atractivas de este período.

#### BIBLIOGRAFIA

No existe una historia arqueológica manejable de Egipto en estos años, pero el marco político está bien resumido en el libro de Drioton y Vandier *L'Égypte*, 1952-69, y con más detalle en Kienitz, *Die politische Geschichte Ägyptens*, 1953. Austin, *Greece and Egypt in the Archaic Age*, 1970.

NAUCRATIS. Petrie, *Naukratis*, I, 1886; Gardner, *Naukratis*, II, 1888; Hogarth, *Brit. School Ann.*, V, 1898-9; *Journ. Hell. Stud.*, XXV, 1905; *Brit.*